



La fe y el magisterio científico

Faith and scientific teaching

GIL OTAIZA, RICARDO^{1,2}

¹Universidad de Los Andes. Mérida, Venezuela

²Academia de Mérida, Venezuela

Autor de correspondencia
rigilo99@gmail.com

Fecha de publicación
04/07/2025

Autor

Ricardo Gil Otaiza
<http://orcid.org/0000-0002-0638-4012>
Universidad de Los Andes. Mérida, Venezuela
Academia de Mérida, Venezuela

Citación:

Gil, R. (2025). La fe y el magisterio científico. *GICOS*, 10(2), 8-11



Cuando el 25 de febrero del presente año, el hoy extinto papa Francisco aprobó la canonización del Dr. José Gregorio Hernández, un río de publicaciones llenó el mundo real y digital, y en la mayoría de ellas se exaltaban las virtudes cristianas que finalmente lo elevaron a los altares, tal como había sido el anhelo de los venezolanos, y de mucha gente dispersa en varios continentes. De él se han afirmado infinidad de cuestiones, la mayoría de ellas sujetas a la verdad histórica; otras, por el contrario, echando mano de la ficción, lo que impregna a su figura de un halo misterioso y metafísico, que está más allá de las posibilidades de la ciencia como referente ineludible de lo fáctico.

No obstante, el Dr. José Gregorio Hernández, fue un ser de carne y hueso, nacido de las entrañas de esta tierra, formado dentro y fuera del país (pregrado y doctorado en la Universidad Central de Venezuela y cursos de postgrado en París, Berlín, Nueva York y Madrid), con una ejecutoria que ya decenas de biografías (unas serias y otras apócrifas) dan razón con mayor o menor certeza, por lo que no me adentraré en tales territorios. Espero, eso sí, hurgar un poco aquí y allá, tomar del personaje histórico unos cuantos elementos que lo caractericen como humano y como científico, y con base en ello delinear un perfil que pueda interesar a los selectos lectores de GICOS.

En realidad, hay pocos científicos en el santoral católico, y ello tiene su lógica, porque la ciencia lleva a muchos de sus hacedores a tocar de manera tangencial el paraíso en la Tierra, y a pensar que en ellos se establece el alfa y el omega, y, que, por lo tanto, nada hay más allá de la mera indagación científica. Pero, ¿la hay? No lo supieron ellos, y mucho menos nosotros. Queda tan solo la fe, que desde siempre es territorio vedado para la ciencia, aunque muchos científicos de renombre hayan creído en Dios (a su manera), y así lo dejaran saber (como por ejemplo Albert Einstein, uno de los más emblemáticos en este sentido), y en dicha categoría (por demás compleja) entra nuestro querido médico y nuevo santo católico.

El milagro contradice a la ciencia, la pone entre signos de interrogación y de admiración; la increpa, la deja mal parada ante los ojos atónitos de quienes son objeto del portento. Por supuesto, hay maneras “científicas” (nunca tan bien puestas unas comillas) de verificar lo que se obró más allá de los pronósticos médicos; no así el origen del cambio acaecido en el cuerpo enfermo de un determinado paciente, quien solo sabe decir que antes estaba padeciendo y sufriendo, y que ahora no lo está, y los galenos no tienen otra opción sino rascarse la cabeza y decir entre dientes (como quien no quiere la cosa), que la ciencia no puede explicar lo inexplicable. Ergo, un lugar común frente a los auténticos desafíos epistémicos.

Soy de los que piensan que entre ciencia y fe no hay mayor contradicción, porque en toda acción humana debemos poner la confianza en un “algo” que nos lleve a alcanzar los derroteros planteados, por muy intrincados y nebulosos que estos sean. El científico pone su confianza en la ciencia *per se*, que es, de hecho, una creación de lo humano, y desde ella articula conocimientos y tecnología, y busca hallar el origen de una patología y cómo desentrañarla para salvar la vida de un paciente.

Cuando interrogamos al *Diccionario de la Lengua Española* (2001) en línea (en su 22.^a edición), con respecto al vocablo *fe* (Del lat. *fides*), hallamos varias entradas que desglosan categorías, y lo curioso es que no se

circunscriben solo al territorio de lo espiritual, sino que se expanden en una suerte de dialéctica, que busca precisar lo que de veras implica. Independientemente de que la fe en sí misma nos trae a la mente de los profanos y los creyentes la noción de una deidad, el DLE, en su cuarta acepción expresa: “Confianza, buen concepto que se tiene de alguien o de algo.” Luego agrega con letras en rojo: “Tener fe en el médico”.

El Dr. José Gregorio Hernández era un médico que tenía fe en su magisterio científico, y también en Dios, y en él se conjuntaron entonces estas dos dimensiones complejas: una palpable (la ciencia con sus centros de formación, teoremas, teorías, técnicas, observaciones, informes, exámenes y constataciones), y otra impalpable, etérea, inasible y espiritual (que llamamos de múltiples maneras y que hemos acordado, los de habla hispana, denominar con el sustantivo Dios).

Esa fe por partida doble, fue en esencia clave en su actuar como ser humano, así como en su trasiego como profesor universitario, profesional de la salud y hombre ganado a un infinito insondable y profundo, y todo ello lo sostuvo, qué dudas caben, en sus horas difíciles (que las hubo), pero también le abrió serias disyuntivas y dudas, así como un hondo sufrimiento interior.

Ciencia y fe fueron para él una dupla perfecta, desde la que ejerció su labor profesional. En él se fusionaron múltiples miradas de una realidad que intuía ir más allá de lo conocido, y ese latir interior (suerte de caleidoscopio personal), a través del cual actuó e impactó a su entorno, le abrió hacia una dimensión sobrehumana, que le permitió empinarse por encima de su “ahora” y fue ello lo que marcó una impronta en su tiempo y en el nuestro, empujando su figura a la atención universal.

Ser médico en su tiempo no era una tarea sencilla, no había medios ni desarrollo tecnológico alguno (la Venezuela de entonces era rural, diezmada por las plagas, con población mayoritariamente analfabeta y el país contaba con apenas dos universidades), se partía tan solo de las dotes personales e intelectuales del profesional, así como de su “olfato” (que es en sí la experticia) para acometer las tareas que la vida profesional le encomendaba, pero con lo poco que tuvo a la mano pudo desentrañar las claves de un oficio, que le exigió hasta el agotamiento (y que tengamos conocimiento nunca se quejó, aunque en sus días cercanos a la muerte se le veía cansado y enfermo) y, a pesar de ello, siguió adelante enseñando en la universidad, indagando desde la ciencia y llevando a sus enfermos esperanza.

El Dr. José Gregorio Hernández es hoy un nuevo santo para la Iglesia católica (pero lo fue para los venezolanos casi desde su muerte, porque así lo entendieron el hombre y la mujer del pueblo, que constataron en él enormes virtudes teologales) y un médico, profesor universitario e investigador para la ciencia. Su tarea como catedrático no se quedó en la memorización y repetición de las obras clásicas de su área (recurso mnemotécnico en boga para su época), sino que se adentró en la medicina experimental, investigó en diversas áreas cruciales para el país (bacteriología, parasitología, histología y fisiología), publicó una docena de trabajos científicos, contrastó desde sus indagaciones la teoría y la práctica, y echó a andar, junto con otros colegas, la modernización o puesta al día de la medicina en el país.

La dualidad entre fe y ciencia en nuestro personaje, fue también una profunda escisión en su Ser. Criado en

la provincia bajo fuertes preceptos católicos, desde joven sintió inclinación por la vida eclesiástica. Es decir, quería llevar su fe a la praxis religiosa y, de hecho, lo hizo, cuando se marchó en julio de 1908 al monasterio italiano de la orden de San Bruno en la Cartuja de Farneta, pero el deterioro en su salud lo obligó a regresar a Caracas en abril de 1909, y a seguir con sus actividades universitarias y profesionales. Aunque hubo también otros intentos de coronar su anhelo de infinito desde la vida clerical.

No obstante, tal escisión en el orden espiritual no fue obstáculo alguno para que nuestro personaje asumiera la vida en todo su esplendor y plenitud. Fue un hombre con una inteligencia sobresaliente, su carrera la finalizó con las máximas calificaciones, desde muy joven aprendió varias lenguas: francés, alemán, inglés, italiano y portugués, y dominaba el latín, que era la lengua culta de entonces. Los referentes de su tiempo nos dicen que disfrutaba del conocimiento.

Como hombre de su tiempo, José Gregorio Hernández no fue reticente a la moda ni a la usanza de la época. Se hacía cortar los trajes a la medida, usaba zapatos de dos tonos, fino sombrero, chaleco y hasta reloj de oro con tapa y cadena, que, si bien le fue obsequiado, lo usó, lo que acrecentaba la elegancia a la que era llamado frente a su profesión médica y a su labor como profesor universitario. Se teñía el cabello y el bigote, sabía bailar, gustaba de la música (fue ejecutante del piano) y de la poesía, leía y escribía sobre aspectos filosóficos, era cordial y afable, pero poseía fuerza de carácter y determinación, además era crítico e incisivo en aquellos aspectos inherentes a su formación y su cultura. Disfrutaba de su erudición, aunque no alardeaba de ella. Con sus colegas fue amistoso y cordial, pero esto no implicó que careciera de posiciones firmes, que defendiera a veces con flamígero verbo. En sus últimos años se hizo fumador (Gil, 2020).

Fe, ciencia y vida se erigen en él como una tríada, que nuestro personaje articula con inteligencia y confianza. Nada lo mueve de su objetivo: servir al prójimo como espejo del infinito, sanar su cuerpo y ganar su alma. Nada de lo que hay en él es incongruente, y mucho menos incompatible, porque como humanos somos seres ganados a las múltiples dimensiones del Ser, y él lo sabía (o intuía).

El Dr. José Gregorio Hernández perdió su vida al ser tropellado por un automóvil (en el segundo accidente automovilístico reseñado para Venezuela, en Caracas, el domingo 29 de junio de 1919), a causa de una hemorragia cerebral, y su espíritu fue al encuentro de lo inasible: de esa fuerza poderosa que obra en el universo y a la que nuestro médico, profesor, científico y santo propendía desde su infancia en Isnotú, y que halló a lo largo de su existencia (vivió 54 años) cada vez que se topaba con el cuerpo enfermo de sus pacientes, o con la mirada inquieta y esperanzada de sus alumnos, o en cada indagación científica, en la que buscaba la verdad objetiva de cada fenómeno y, desde ella, su conexión con un soterrado *Orden*, en el que creyó y se entregó hasta el último aliento.

REFERENCIAS

- Gil Otaiza, R. (2020, 26, 10). *José Gregorio Hernández, un hombre de su tiempo. El Universal*.
Real Academia Española. (2001). *Diccionario de la lengua española* (22ª ed.). Espasa Calpe.